

CAPITULO IV

**LENGUAJE, CULTURA Y
PERSONALIDAD**



niños campesinos de la Cuenca del Canal. Foto: Stanley Heckadon Moreno.

PROBLEMAS FOLCLORICOS DEL LENGUAJE (1932)*

Narciso Garay

De Natá a Penonomé hicimos una jornada. Pasamos la noche en Penonomé, tomamos el almuerzo en Chorrera, y pocas horas después estábamos en Panamá. De Chorrera habíamos tomado, el primer día de nuestra excursión, algunas vistas interesantes. De allá se recibió también abundante material documentario coleccionado con mucho talento por el Inspector de Instrucción Pública Sr. Ayala y que reservo para futuros apéndices.

Fue en este lugar donde comenzamos a sentir, Henríquez y yo, la diferencia esencial entre la estética rural y la estética urbana. El poste de hierro perpendicular que sustenta los cables del telégrafo, el techado de cinc de canales rectilíneas asentado sobre paredes de madera lisa y aplomadas... habrá cosa más inconcebible en medio de las frondosidades del bosque?

Qué rígida, qué fría qué sin alma resulta aquella *geometría aplicada*, al lado de los árboles varias veces seculares cuyas raíces se retuercen en curvas atormentadas como las serpientes en el grupo de Laoconte!

Qué insoportable resulta aquel paralelismo del hierro acanalado junto al techado de pencas de palma que cubre los bohíos parduzcos, irregulares en sus formas y en perfecta armonía de colores y de líneas con el paisaje ambiente! Qué feos y cursis aquellos tabiques de madera, con sus tablas rigurosamente simétricas y su perpendicularidad impecable, si se los compara al atado rústico de cañas-bravas,

* Tomado de: Narciso Garay. **Tradiciones y cantares de Panamá;** Ensayo Folklórico, Bruselas 1932. (pp. 101-114).

apenas cubierto por algunas embarraduras de quincha, de color borroso, legítima pared del bohío indio, tan armónico con el medio en que se levanta y con el estilo y la naturaleza del panorama forestal!

En esas y otras consideraciones nos engolfábamos mi compañero y yo cuando para amenizar las horas del camino resolvimos abordar los problemas folklóricos del lenguaje panameño, vasto y fértil campo abierto a las investigaciones del lexicógrafo. Como en arquitectura, en indumentaria, en poesía, en música, en arte culinario, etc., nuestra conversación sobre lingüística apenas desfloraba la materia, dejando a las autoridades científicas y a los especialistas a la tarea de analizarla y profundizarla. Entiendo que mi ilustre amigo y colega el Dr. Octavio Méndez Pereira tiene escrito un trabajo de esta índole con miles de voces regionales debidamente clasificadas y analizadas. Ojalá que esa valiosa contribución al folklore nacional salga pronto de la penumbra en que la mantiene su autor, para mayor prestigio de las letras panameñas. Nuestra conversación surgió de una referencia que Henríquez y yo hacíamos a un *tambor* regional que comienza por las palabras “sombbrero Panama-hat”, expresión bastarda que nos recordaba aquel otro pleonasma tan común entre nuestro vulgo: “perro bulldog”, convertido por nuestra pronunciación a la andaluza en “perro burdó”, y el “aceite de petróleo” que tanto se oye en América española. Salvo mejor opinión, la nuestra es que sombrero “panamajat”, como nuestro pueblo pronuncia, es un anglicismo injustificable que no tiene título para sustituirse a “sombbrero Panamá” o sombrero de Panamá, denominación universal del sombrero de paja toquilla, a despecho de las de sombrero-jipijapa y de sombrero-suaza, que pueden ser todo lo verídicas que se quiera, pero que el extranjero nunca se ha avenido a emplear.

Pasamos en revista, a este propósito, las voces de la jerga panameña derivadas del inglés. “Paipa”, por ejemplo, españolización del inglés “pipe”, introducida por los fontaneros

americanos y jamaicanos en sustitución de tubo o cañería; “cranquear”, sinónimo de dar manubrio o torniquete al automóvil (de *crank*, biela); “parquear”, sinónimo de estacionar, con referencia a los mismos automóviles (de *to park*, estacionar); “ponerle breque” por ponerle freno (de *break*, freno) al motor de un tren o un carro para detenerlo súbitamente; “guafe” por muelle (de *wharf*, muelle); “nacao” por golpe de gracia (de *knock out*). En lenguaje deportivo: *juc* por gancho (de *hook*); “estrêl” por derecho (de *straight*): flái, de *flight*. Ninguno de estos anglicismos panameños presenta signos de vitalidad, con excepción de los términos deportivos que están universalmente aceptados. Con mayor razón lo diremos de “managual”, término pintoresco de que se valen nuestros *vaporinos* (1) para designar a los marinos de guerra ingleses o norteamericanos (de *man of war*, barco de guerra). “Guachimán” es guarda, custodio, de *watch-man*. “Gasolina” por lancha a motor de gasolina, es tan racional como vapor por buque de de vapor y merece la consagración del diccionario, si todavía no la tuviere.

Nuestra voz “patuá” para designar a los antillanos franceses de Guadalupe o Martinica, proviene del francés *patois*, habla vernácula. Distinguimos, pues, a esos colonos por el nombre de su jerga o dialecto característico. Es un fonema perfectamente viable y digno de la carta de ciudadanía castellana. La voz “yumeca”, con que denominamos a los antillanos ingleses de la isla de Jamaica, es una españolización de *Jamaican* (jamaicano). Haría doble juego con jamaicano y no parece llamado a sobrevivir. Pero la voz “chombo”, más comprensiva, puesto que designa a todos los negros ingleses de las Antillas y no solamente a los de Jamaica, tiene para nosotros una etimología misteriosa. Señalo ese extraño fonema a la investigación erudita de nuestros lexicólogos presentes y futuros.

La voz “martínica” indica entre nosotros un licor espirituoso, especie de mistela, originario de las Antillas francesas. Su morfología es legítima y el licor muy agradable. Lamento no poder extender la receta a mis lectores.

“Agua-chinche” es expresión que usamos para indicar la posición del que va cargado a cuestas. Denuncio este nuevo vocablo a las investigaciones del folklorismo panameño.

“Angú”, término de culinaria istmeña, designa un cocido de plátano que se maja con el “machuangú”, otra denominación puramente autóctona. Viene aquí el recuerdo del distito criollo:

Guayabita del Pirú Que se come con angú

El Pirú es el antiguo Perú, como perulero es peruano, y la guayaba del Pirú debía de ser alguna especie distinta que se mezclaba con el angú para aderezarlo majándola con el machuca-angú. Esta última voz es utensilio de cocina que sirve para majar, machar o machacar (sinónimo de machucar) el angú; tiene perfecto derecho de figurar en el diccionario de la lengua en nombre y representación del arte culinario del Istmo, con los mismos títulos que *chicha*, voz oriunda de Panamá, guayaba, guava, yuca, ñame y tantos otros nombres de frutas y raíces que pertenecen a las lenguas indígenas americanas y carecen de equivalente español.

Da idea de la alta opinión que en el Istmo tenemos de la leche de vaca, la acepción de fortuna, buena suerte, que nuestro idioma vernáculo le atribuye. “Qué leche!” exclamamos en nuestra jerga local por qué suerte! y sin pararnos ahí, solemos aplicar al hombre afortunado en el juego, en los negocios, en la política o en el amor el epíteto de “lechero”, en la acepción de afortunado.

La “grilla”, hembra del grillo, es en nuestro vernáculo el símbolo del mal pagador o mal cumplidor de sus obligaciones. Estar “engrillado” significa también estar agobiado de obligaciones que no se pueden solventar.

“Pezuña” decimos para designar la adehala o bonificación que pedimos al mercader a quien compramos. El origen de esta voz criolla es también enigmático.

Entre las nodrizas panameñas que cuentan cuentos a los niños (ellas dicen “echar” cuentos), es familiar la expresión “y agarró y dijo”, en la más generalizada y metafórica acepción del verbo agarrar, como simple muletilla o intensivo en que apoyan el discurso, por no decir como doble muletilla o intensivo, ya que la conjunción desempeña allí la misma función que agarró.

En *revesina* hablan los panameños cuando invierten el orden de las sílabas de cada palabra diciendo, por ejemplo, *mecha* en lugar de Chame. Tiene derecho a la vida la voz “revesina”?

La costumbre de hacer reñir gallos es tan viva en Panamá como en otras regiones del Continente, y la voz *canillera*, como sinónimo de flojedad y de cobardía, no ha tenido menos éxito aquí que en otras partes de América.

Remojo es en Panamá sinónimo de albricias. Cuando alguien estrena casa, traje o coche, suele la servidumbre pedirle el *remojo*, esto es las albricias. No tiene *remojo* esta misma acepción en el diccionario? Echar su barba en *remojo* no es, en parte, la misma cosa? **Remojo** entre nosotros es estrena.

Mata-gana es plato de la cocina panameña cuyo nombre quizás no sea tan poético como exacto. *Gana* significa en nuestro idioma vulgar ganas de comer, hambruna, y el plato en cuestión *mata* o satisface la gana de comer; pero lo menos, así se presume.

Fo!, interjección, indicativa de mal olor y de uso común en Panamá, es andalucismo legítimo.

Desde que Batres Jáuregui, Calcaño, Cuervo y otros, señalaron en España y en ejemplos de la literatura el uso de *parar*, *pararse*, como sinónimo de *levantar*, *levantarse*, cayó por el suelo la autoridad de nuestros gramáticos y hablistas

que nos increpaban el empleo de ese verbo como una incorrección. Aquí el determinativo de *pies* está tácito y *pararse* tiene en castellano la acepción perfectamente castiza de ponerse de *pies*.

Donde como preposición y no como adverbio, o mejor dicho, con elipsis del verbo correspondiente, es también un panameñismo de cepa peninsular. *Voy adonde* mi tío, por voy a casa de mi tío, sin ser una práctica recomendable en una cátedra de castellano, tiene raíces en el folklore y en el uso vulgar de la Península que nos impiden avergonzarnos de ella.

Chachay es modismo con que indicamos en Panamá a los niños que su traje luce bien. Su etimología es indescifrable. Tendrá alguna afinidad con el *achachay aguacerito*, del juego conocido? o con el quechua *achzachzay*, expresión que denota frío?

Entre las supersticiones de nuestro pueblo, no es la menos importante la del *mal de ojo*; y entre nuestros verbos vernáculos el *ojejar*, también de pergaminos castellanos.

Chancaco, para distinguir la pepita aplastada del mañón, especie de tejo que se hace resbalar fácilmente por el suelo en nuestro juego de *rayuela*, es sin duda un panameñismo de origen indio, pues ya el diccionario trae *chancaca*, como americanismo, para denotar el azúcar mascabado.

Vimos atrás que el uso de *mano* o *manu* por hermano es común a la región del Istmo. Los gritos de "Manito Juan! Manito Pedro! espérenme ahí!" son familiares a los que escuchamos en la niñez los cuentos de las ayas panameñas. Si repito el ejemplo es para hacer notar el uso americano de la tercera persona del plural (espérenme) en lugar de la secunda (esperadme) que es la práctica general en España.

Ñato por chato, es otro delito de leso castellano que nuestros dómínes nos enseñan a aborrecer, por más que

desarraigarlo de nuestra habla vulgar sea empresa de romanos. Consolémonos sabiendo que es usado en Asturias.

Sería interesante estudiar la etimología de las palabras *chicheme*, *chilate*: la primera, sobre todo, de uso tan corriente entre los panameños, que hasta hace poco hubo en nuestra ciudad capital un “*callejón del chicheme*”, rebautizado después *Calle 4a*, si no estoy equivocado. Y los oídos istmeños no son indiferentes al encanto de aquel pregón tradicional: “al chichemito fresco!... “ *Chicheme*, término indio, indica el maíz cocido, como *chilate*, término guaymí, de uso común entre los indios de Chiriquí y Veraguas, indica una preparación de *chicheme* con leche.

Bollo (sobreentiéndase de maíz) es otro producto de la cocina vernácula. Entre sus numerosas variedades hay una, el bollo chango, grata a cualquier paladar y cuya desinencia indígena no puede ser más característica.

Chingo presenta también todos, los caracteres de un indianismo auténtico, y ofrece varias acepciones. Suele designar una embarcación pequeña fabricada de una sola pieza, como el *cayuco*; y también el calzón del traje que usan los campesinos del interior de la República.

Chinchorro designa en el interior de la República una hamaca de red que fabrican los indios. La voz es perfectamente castiza pero en su acepción de red. Puede serlo en el futuro, mediante una sinécdoque, en el sentido de hamaca de red.

La hoja del *chumico*, tan útil para nuestras cocineras y criadas, es sin duda otro indianismo digno de estudio etimológico.

La icotea, especie de tortuga, morrocoyo o galápago, es también de probable origen indio. No hay panameño que no recuerde el cuento tradicional muy propio para insertarse en un ensayo folklórico como éste:

-Icotea-Concha, veni a barré!
-No tengo mano, no tengo pie.
-Icotea-Concha, veni a aprendé!
-No tengo mano, no tengo pie,
-Aquí tan la mano, aquí tan lo pie!

Etimología semejante debe tener la voz cutarra, especie de alpargata hecha de cuero de res que usan los campesinos de la República para trepar árboles espinosos sin herirse y para zapatear ruidosamente el “punto” y la “mejorana”.

Perica por machete, es interloranismo panameño. Por *peinilla* se designaba antes la bayoneta, Con el ejército, el vocablo ha desaparecido, así como *follisca* y *cierrapuertas*, tan comunes en otros tiempos. Con la necesidad, ha desaparecido el órgano.

Dar cara no significa presentar el rostro sino sacar lustre. El zapato no *da cara* cuando no brilla bien después de limpiársele con lustrina y frotársele con un paño seco.

Catre, cama barata, se usa en la jerga panameña como sinónimo de charro o cursi y en función de adjetivo. Ser uno *catre* es ser de mal gusto.

Sopa borracha y sopa de gloria, no son sopas propiamente dichas sino dulces tradicionales que figuran indefectiblemente en toda boda panameña. Preguntar a las novias cuando “comeremos las sopas” (estas sopas se comen y no se toman), es un eufemismo local para preguntar cuando se casan.

Ñopo, *ñopa*, son voces con que el habla vulgar panameña designa a los españoles. Viene acaso, por eliminación fonética, de español: pañol:, paño, que por inversión de sílabas (vulgo *revestina*) da ño-pa? Puras cavilaciones!

La *h* aspirada antigua persiste todavía en nuestro pueblo. Para él la cerca *juye*, por huye, y el río se *ajonda*, por ahonda.

El panameñismo *jondear*, por lanzar algo lejos de sí, parece derivarse de *hondear* en la acepción de tirar la *honda*. De nuestro *jalar* por tirar, tan denigrado por nuestros gramáticos y maestros de bien decir, ya se sabe que es un andalucismo común a toda la América española y que viene de *halar* (término técnico de la marina). Si no se le da cabida cuanto antes en el diccionario, para qué existen las Academias americanas? *Jumar* por humar, no tiene mejores títulos.

A los aficionados a la botánica dejen el cuidado de señalar los nombres latinos de los *topetones* y los *qutmbolitos*, estos últimos tan sabrosos cuando se mezclan con el arroz.

Colochos son los rizos que se hacen a las caballerías infantiles, sobre todo de las niñas. La palabreja es de difícil clasificación.

Gallo-pinto, expresión castellana que equivale a gallo pintado, es el título que hemos dado a un adobo o plato típico de la cocina panameña. Es un arroz con pollo económico.

La cosita es término consagrado por el lenguaje panameño para indicar la merienda o colación que es costumbre tomar entre el almuerzo y la comida. El uso del diminutivo indica por sí solo que se trata de algo muy ligero. *Cosita*, en Panamá, es pues algo menos genérico que en el resto del mundo. En Colombia denominan las once lo que en Panamá es *cosita*.

Por *pichicuma* se entiende el individuo que es miserable por necesidad, que no tiene con qué cumplir sus obligaciones pecunarias. La raíz del vocablo lo hace afin de *pichacato*, colombianismo que designa al cicatero y mezquino, y que procede del italiano *pizzicato*, sonido que se produce al tañer con el dedo las cuerdas de los instrumentos de música en lugar de hacerlas vibrar con el arco. Pero el sufijo *cuma* me deja perplejo.

Ansina y *asina* todavía resuenan en el lenguaje popular en lugar de así, como vestigios del habla importada por los conquistadores. Otro tanto cabe decir de *comparancia*, ligera desviación de comparanza forma, anticuada de comparación.

Serían menos categóricos nuestros dómnes si supieran que el *ahogo* de nuestro pueblo es común en España y en otras regiones de América, en la acepción de ahogúo.

Oriverás, constracción de “ahora y verás” que es bogotatismo derivado de “aguarda y verás”, según Cuervo, figura en la tonada atonera del toro bravo (cuplé del juego del torito)= “Oriverás, toro bravo”.

Los vaqueros panameños pastorean el ganado lanzado voces semejantes al *ajó ajó* con que se excita a los niños para que hablen.

“*Alevántate!*” se dice aún entre nosotros con gran escándalo de los hablistas que pueden consolarse sin embargo de nuestros desafueros consultando el mismo verbo con prefijo en los cantos populares y en los *cantes flamencos* de la Península.

Manduco es el palo con que se golpea la ropa sucia para sacarle la mugre. Qué analogía ha podido encontrar el espíritu del pueblo entre este instrumento de la lavandería y el acto de *manducar* o comer, no hemos podido averiguarlo.

Por **chiva**, designamos el omnibus automóvil. Tampoco es aparente la analogía entre esta creación de la industria automovilística y la hembra del macho cabrío, como no sea por la propiedad que ambos tienen de rendir un esquilmo fácil.

¿Tendrá esto alguna relación con aquello o será *orejano* abreviación fonética de “oreja de asno”, como se cree entre nosotros?

El “*guacho*” de carne a base de arroz que se sirve ordinariamente a los peones en las haciendas, es nombre indígena que con significados distintos aparece en Buenos Aires (quichua), Bogotá y el Cauca (chibcha).

Amachinarse es verbo de uso común en América. Significa amigarse, ligarse, y viene de Machín, el dios de los enamorados. En Panamá no corresponde a este significado, sino en parte. Decimos que está amachinado aquel que se halla tan dominado por la influencia de otra persona que pierde el uso normal de sus facultades. Amachinado responde al concepto de amilanado, apocado.

“*Hilo de alcarreto*” es una especie de pita o cabuya delgada que antiguamente se guardaba sin duda en carretes y se denominaba “hilo del carrete”, pues la voz alcarreto no figura en ningún léxico conocido.

El que da consigo en el suelo y se hace daño, recibe, según la jerga panameña, una “**somatada**”. Somatarse es llegar casi a matarse, como soasar, voz castiza, es medio asar.

La aprensión, mediante una serie de eliminaciones fonéticas fáciles de explicar, se ha convertido en **pensión**, y *estar con pensión* no es para nuestro vulgo gozar de una renta del Estado sino estar bajo el sentimiento de un temor o una **aprensión**.

El **concolón de la olla**, el **concolón** del arroz, es voz indígena? es voz italiana? Si es indígena, viene de cóngolo, a que se refiere el historiador Zamora, citado por cuervo (1): “hay otros totumos que llevan el fruto muy pequeño, que sirve de cóngolos para guardar el tabaco y otros polvos o licores, que conservan mucho tiempo”? Si es italiana ¿viene de *concolo*, *concola*, voces anticuadas que figuran todavía en el diccionario y en el lenguaje popular con la acepción de olla, recipiente?

En España *plumario* es el “artífice que borda figurando aves o plumas”; entre nosotros, se llama así al mango de la pluma o portaplumas. Con qué derecho o en virtud de qué fenómeno filológico, no podría decirlo, pues en *muestrario*, *armario*, etc. el sufijo ario desempeña función muy distinta. En España se usaba antes esta palabra en la acepción de rábula o picapleitos, porque estos siempre traían la pluma lista para extender las demandas.

Si la leche es para el pueblo emblema de buena suerte, como vimos arriba, la sal, en cambio, es el símbolo de la mala suerte. Estar *salado* es estar de malas, y el que lo está completamente, es víctima de *salazón*.

El que nos hace una mala jugada, en términos vernáculos nos hace una *bolada*, y cuando abusamos de la bondad de los amigos les pedimos perdón por la *pechuga*.

Maraca llamamos al *sonajero* con que distraemos a los niños recién nacidos. *Maraca* es voz muy usada en Venezuela, en el Brasil, en el Plata y entre nuestros indios cunas del archipiélago de San Blas. Los arqueólogos y etnógrafos que han visitado a estos últimos hacen derivar esta voz de *arawak*.

Bueno es que nuestro vulgo se percate de que la r de que tan pródigo se muestra en el hablar no es un producto de origen exclusivamente africano, como muchos creen. El campesino español no le va en zaga para decir *durce y gorpe*, y ejemplos de ese uso son comunes en las dos Castillas, en Extremadura y en Andalucía, donde *er* tenó le dice a la *cartarte* la mar de cosas.

Tosanto llama el pueblo de Panamá al día de todos los santos. Fenómeno de simplificación digno de citarse: toda la parte inacentuada o atónica de la frase ha desaparecido.

Los diminutivos suelen usarse en nuestra habla vernácula como adverbios. “Quiere Vd. queso? Sí, pero muy

pedactito", por muy poquito, es de uso común. *Embarrar* ha adquirido tal generalización en nuestra habla istmeña que la idea de barro ha desaparecido por entero de ese verbo, y *embarrar* se ha vuelto entre nosotros sinónimo de untar.

Llamamos *paloloco*, compuesto de palo y loco, a un acierto causal, algo como una chiripa, que hemos convertido en chiripazo, acaso por analogía fonética con chispazo. Llamamos *camarón* no solamente al que se lleva la corriente si se duerme, sino a la ganancia eventual, casual, que obtiene cualquier individuo, de donde nació el verbo *camaronear*, que es la función del que vive de esta clase de trabajos aleatorios.

El joven prendado de una señorita que se siente ya correspondido por ella y pasa de la duda a la certeza, en jerga panameña está *claro con la novia*; para él ha desaparecido toda oscuridad.

Si *grilla* se dice al mal pagador, cuando éste logra hacer una víctima entre sus amigos, en panameño criollo le hace una *arruga*.

La semilla de la palma *de coco*, la que se siembra para que nazca el árbol, es la misma fruta que llamamos pipa, y el agua del coco es, entre nosotros, *agua de pipa*.

Cholo, chola es el denominativo de los indios ya cruzados con blancos o que sin tener mezcla de sangre blanca viven la vida común de nuestros pueblos y han salido del régimen de la tribu.

Bentestate se dice del que murió sin hacer testamento, por corrupción del latín *ab intestato*.

Los campesinos de Coclé y Veraguas dan a la escopeta de cacería el nombre de *patitichada*, y al venado lo llaman *cuencón*. En ambas denominaciones se revelan grandes observadores. A las tijeras les dicen erticeras, a los insectos *bichtichacos*, al potrillo **zancalejo**, de zancas con el sufijo de

animalejo. **Casero** no llaman al propietario de casas o al que arrienda casas, como en España, sino al parroquiano o cliente de un comerciante o tendero, y buscar casería es buscar clientela, parroquianos.

Trujaná es la grafía exacta de *truhaná* simplificación de *truhanada*, por desvanecimiento de la última sílaba. En *galápalo*, por *galápago*, la absorbe a la g; en *jurreco*, hoy mal cerrado, hay epéntesis de hueco, jueco. La **pica** por el camino, es un deverbial sacado de picar, y designa el camino que ha sido arreglado con la pica. **Paisana** por *faisana* es paronímico de *paisana*, mujer del mismo país.

Sobijo, por soba, es común a gran parte del continente. *Marrumancia*, por resabio, ha dado origen al adjetivo marrumanciero, que significa resabioso, matrero. Ambos vocablos parecen derivados fonéticos de marrullería, marrullero. De *sáula*, jefe en cuna, hemos sacado *ságuila*, por analogía con *águila*.

Cuando Antonio y yo hubimos agotado el tema de los modismos, solecismos y barbarismo regionales, ya el *Chevrolet* entraba a la barcaza de Pedro Miguel que a poco se separaba de la orilla del Canal y con su andar de buey nos transportaba a la orilla opuesta.

-Y qué dices del arte culinario autóctono? pregunté a mi compañero. Porqué despreciar esas, manifestaciones de una actividad tan necesaria en la vida de los pueblos? Entonces se abrió el capítulo de los comestibles, de las bebidas, de las conservas y de los postres regionales. En el poco tiempo que separaba al *Chevrolet* de Panamá pasamos revista al **sancocho**, señor de la cocina panameña; al *tasajo*, creación de la América española generalizado en todo el continente desde México hasta el Uruguay; a la *ropa-vieja* tradicional, al *chupe* que tiene nombre aimará, al *tamal* que tantas variedades presenta y ostenta también nombre indígena; a la *timbuca*, plato originario del Perú, donde se le conoce bajo su nombre quichua de *timbusca*; al arroz con cabo de tabaco, denomi-

nación pintoresca del arroz adobado con trocitos pequeños de carne, que parecen cabitos de cigarro; a la sopa de *ñajú*, que en Estados Unidos se llama *gumbo* y en Cuba sopa de quimbombó. Ñajú tiene que ser la voz indígena regional y debo recordárselo a mis colegas de la Academia de la lengua para los efectos del diccionario. Volvimos a la carga con los **longorones** y *cherelés*, mariscos propios nuestros cuyo equivalente nunca he encontrado en el exterior. Iniciamos el sector de los postres y dulces con el *alfajor*, cuya forma característica despierta en el habla popular reminiscencias caninas imposibles de repetir aquí; el *cabellito-de-angel*, el *Pto-nono* (traducción infiel del *pet-de-nonne* francés), la *bizcotela*, la *cocada de ajonjolí*, las *gollerías*, el *bien-me-sabe*, la simbólica *cabanga*, el *guíneo-paso*, los *buñuelos pícaros* y los de *viento, et sic de coeteris*. En otro orden de ideas culinarias, recordámos el *chicheme* milenario, el *chocáo* de plátano, el *arroz con cacao*, el *arroz con coco aguado*, la *cocada nevada* y el *manjar blanco*. En materia de bebidas refrescantes, las *chichas* numerosas; de nance, de piña, de naranja, granadilla; guanábana, de maíces distintos, de jobo, etc. y el vino de palma, los cuales comentados y explicados, tuvieron la virtud de servirnos de aperitivo mental al punto de haber llegado a nuestros hogares con verdadera *carina*. Antonio concurrió conmigo en la opinión de que un Vatel panameño que compilara todas esas recetas y les hiciera propaganda práctica, sería bienvenido en nuestra tierra y merecería el apoyo del público y del Estado.

La farmacopea popular no fue ajena a nuestra charla. El aceite de **mosca** para hacer crecer el cabello, la manteca de culebra y la de tigre para curar el atritismo, el “ojo de venado” para aliviar las hemorroides, la caraña hedionda aplicada en el ombligo para curar los orzuelos, las pilitas de ratón cocidas en agua para aumentar la leche a las madres que están criando; la sangre de la cresta del gallo aplicada en la columna vertebral del paciente para curar las lombrices; los efectos del vientre frío del sapo frotado contra las partes del cuerpo afectadas de erisipela; la sangre cálida del pichón de

paloma descuartizado y aplicado sobre la cabeza del niño atacado de meningitis; la hoja de lechuga puesta en el cerebelo como remedio contra el insomnio; los efectos mágicos del collar de ajos; la bola de sal con sebo para quitar el dolor de muelas, los parches contra forúnculos y diviesos, para no citar más que esos, bastaban para hacernos desternillar de risa y revelarnos la magnitud de la credulidad popular. En esta ciencia infusa hay injertos de curas indígenas, de supersticiones españolas y de prácticas de magia africana. Señalar la contribución de cada uno de esos elementos étnicos en la formación de la medicina del bajo pueblo panameño, es tarea árdua que delego a los investigadores del porvenir.

Pero volviendo al tema de la alimentación, Antonio y yo reparamos en algo que quizás tenga un fondo científico bajo su aparente puerilidad. Es la seguridad con que las gentes de nuestros campos y ciudades clasifican las frutas en *frías* y *calientes*, sin equivocarse jamás. Este conocimiento tiene consecuencias higiénicas importantes para saber qué frutas puede tomar un enfermo resfriado y qué frutas no. Son frías: la naranja, la sandía el mango maduro, la papaya, el coco de agua (pipa), la guaba o guama, la guanábana, la granadilla, el guineo, la lima, la poma-rosa. Son calientes: el mamey amarillo y el rojo, el níspero, los mangos hechos, el pijivá, la guayaba, la granada, la ciruela, el melón de Castilla, el anón la chirimoya, el caimito, el nance, el hobo.

Cuando pasábamos a gran velocidad por una callejuela del barrio de Santa Ana, convertido ya en centro de la ciudad nueva, un vendedor ambulante de dulces criollos, rezago de tiempos pretéritos, pregonaba sus golosinas paseando por las aceras con una bandeja sobre la cabeza y cantando esta tonada: dulce, durcé

Ya- los dur-ce, dur-ce.

Aproveché este ejemplo para revelar a mi compañero otros pregones coetáneos de mi niñez y que hacen parte de la historia del pueblo de la capital. Los de Luis Congo, por ejemplo, que detallaban el número del billete llamado a sacarse el premio gordo de la lotería; los de los jamalcanos que vendían:

***Helado de leche
Delicado, superior,
Pá la niña bonita,
Que refresque la calor.***

Los pregones de las calles de París, no aparecen con su rico sabor local en una página célebre de la ópera *Louise*, de Charpentier?

La misma poesía, el mismo prestigio ancestral que se desprende de estos modos de decir, de expresar los sentimientos, de idealizar la satisfacción de nuestras necesidades cotidianas, se exhala al recuerdo de nuestros juegos, cuentos, refranes, supersticiones.

La gallina ciega, la pájara-pinta, el compañerito pie pie, la pisisigaña, mirón-mirón, de Lima ha venido un barco, la rayuela, el escondido, las prendas, el choclo, etc... son para nuestras comunidades de origen indo-hispano-africano, incorporadas a la civilización que hemos dado en llamar occidental, y que con más propiedad llamaríamos europea, porque nuestro hemisferio americano es el verdaderamente occidental, lo que el "di se di'pate" descrito en el capítulo anterior es para los cunas, o lo que la balsería que veremos explicada en el capítulo siguiente, representa para los guaymies de Chiriquí.

No se le ocurrirá a alguno de mis compatriotas reunir en volúmenes los juegos, los refranes y los pregones populares de Panamá?. El folklore nacional reclama esas contribuciones de nuestros intelectuales de mañana.



La estética de la arquitectura rural panameña de la costa pacífica. Casa de tejas y postes labrados de madera. En la zona montañosa de la provincia de Herrera, 1980. **Foto: Stanley Heckadon Moreno.**

EL HABLA DEL PANAMEÑO (1964)*

Gil Blas Tejeira

Para mí, resulta inexplicable que a estas alturas en Panamá no se haya hecho un esfuerzo consciente y metódico para el estudio del lenguaje del panameño. He pensado que si desde que comenzó a organizarse nuestra educación pública se hubiese creado una dependencia en el ramo de cada actividad para recoger, con la ayuda de los maestros e inspectores que han venido prestando servicio en todos los rincones de la república, las palabras, los modismos, los refranes y los apodos más usados por nuestros pueblos, se hubiese tenido una copiosa recopilación que serviría de materia prima para la estructuración de un tratado completo de la aventura del idioma en el Istmo.

He tenido noticias de que algunos panameños estudiosos han tratado de hacer tal recopilación, ya buscando personalmente el material disperso no escrito, ya solicitando la contribución de quienes voluntariamente hayan querido ayudarles. Pero es lo cierto que hasta ahora lo presentado al público ha sido pobre y deficiente.

Lo más voluminoso que se ha editado en esta línea es la obra de Luisita Aguilera Patiño, titulada "El Panameño visto a través de su lenguaje", memoria presentada por su autora para optar al título de profesora de castellano por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Ignoro cuántas lenguas se hablaban en nuestro istmo al momento del arribo de los españoles.

* Tomado de: Gil Blas Tejeira. **El habla del panameño**. Ediciones del Ministerio de Educación, Panamá 1964 (pp. 9-29).

Manuel María Alba, en su interesante "Introducción a las lenguas indígenas de Panamá", nos da cuenta de las siguientes habladas actualmente por nuestros indios: *Cuna o cueva*, de los indios de San Blas y la región del Bayano; *Empará y nomaná*, dialecto chocoes que se hablan en las regiones de Pinogana y Sambú; *Chocotá, murirá, sabanero* (?) *Cara-caña* y *Moló*, dialectos guaymíes usados respectivamente en las regiones de Culebra, San Félix, Cocuyal, Tolica y Agua Salud, norte de Tolé y Cricamola respectivamente.

Hay un ligero parecido entre algunos de estos dialectos, pero más remoto que el que existe entre las lenguas españolas y portuguesas, por ejemplo.

No está en la línea de mis preocupaciones ni corresponde a la naturaleza de este somero trabajo extenderme en consideraciones sobre las lenguas indígenas del istmo. Creo que es a la lengua Cuna a la que se le ha prestado más atención y sobre ella hay un "Diccionario" y una "Gramática" escritos por los misioneros del Corazón de María, Manuel María Puig y José Perengueras respectivamente y a esas obras remito a los interesados. Las lenguas autóctonas han sido extirpadas totalmente de las provincias de Panamá, Colón, Coclé, Herrera y Los Santos y se han refugiado en los puntos más apartados de Veraguas, Chiriquí, Bocas del Toro, Darién y el Archipiélago de San Blas.

De la presencia de las lenguas aborígenes en las regiones donde han sido erradicadas, quedan huellas imborrables en la toponimia. Nuestra misma república tiene un nombre indio cuyo origen ha sido interpretado de muy diferentes maneras. Varias de nuestras provincias ostentan nombres indígenas hoy indescifrables. Pueblos y montañas, ríos y valles, han conservado sus primitivas denominaciones, sonoras, pintorescas y misteriosas: Orarí, Tabasará, Copé, Tonosí, Pinogana, Natá, Olá, Pedasí, Chigoré, Zaratí, Canajagua.

Los españoles, si bien se empeñaron en sustituir las lenguas aborígenes por la más rica y flexible de castilla, consagraron los nombres indios anteponiéndoles o posponiéndoles los de los santos de su mayor devoción, San Juan y Santiago fueron los predilectos.

Hoy asombra al viajero que se adentra en el rincón de nuestras montañas, encontrar tipos puramente indios o con muy remoto mestizaje español, que hablan un castellano matizado de palabras y frases que hacen recordar a los cronistas de la Conquista y la Colonización. Y se pregunta uno asombrado cómo lograron los iberos imponer su lengua hasta hacer desaparecer casi totalmente las nativas. Fue sin duda el trabajo de los frailes, que bien puede ser motivo de investigaciones que deben estar a cargo de los estudiosos de estos asuntos.

No sólo en la toponimia panameña quedaron huellas de las lenguas indígenas. El vocabulario corriente del istmeño, sobre el del litoral del Pacífico, está maculado de voces aborígenes.

Vayan como ejemplo chicha, chicheme, machete, guayacán, achíote, sabana, chácara, barbacoa, guaro.

Sobre la palabra barbacoa vale la pena hacer una observación.

El insuperable ""cronista" Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés describe en su **Sumario de la Historia Natural de Las Indias** cómo los indios de Tierra Firme asaban sus presas, así: "A los venados y puercos ármanlos con cepos y otros armadijos de redes...; y después de muertos, como no tienen cuchillos para desollarlos, cuarteánlos y hácenlos partes con piedras y pedernales, y ásanlos sobre unos palos que ponen a manera de parrillas o trévedes, en huecos que ellos llaman barbacoas..."

Pues bien, para mi sorpresa una vez recibí una invitación de un ministro de Estado para asistir a un *barbeque*. Y he de confesar que me causó disgusto que un funcionario público me enviara, anglicada, una palabra tan raizalmente panameña, gracias a esa cursilería por desgracia tan frecuente entre nosotros, que empuja a extranjerizar hasta lo más raizal.

En la zoología panameña abundan los nombres indios: Capacho, jururú, choroteca, cocaleca, cui, ñeque, comején, iguana, (yu-ana, la llama Oviedo), mapaná, bin-bin, bocaracá y muchos otros. En el reino vegetal tenemos guayacán, macano, chumico, espavé, copé, corpachín, guásimo, guaba, majagua, cucuá, pitahaya, yuca, pixbae, guarumo, mamey, papaya, guanábana y una infinidad más.

En el ajuar del panameño del litoral Pacífico abundan también los utensilios de origen y nombres indígenas, tales como batea, coa, chácara, jorón, cayuco, canoa, y muchas etcéteras.

No podía explicarse la variedad de matices que se nota en las diversas comarcas del Istmo en el acento sino por la influencia de la fonética y la prosodia indígena en cada una de ellas. Nuestro país ofrece diferencias desconcertantes, aún de pueblo a pueblo. El campesino coclesano modula el español en forma diferente a sus hermanos de Herrera y Los Santos. Lo mismo puede decirse del veragüense y del chiricano. Uso las denominaciones convencionales de *provincias*, pero debo observar que lo ideal sería poder determinar por regiones idiomáticas las divisiones aplicables a los distintos grupos istmeños.

En las regiones donde predomina el negro, como la costa de Colón y el archipiélago y la costa del Pacífico, el español adquiere tonos muy particulares con gran parecido al que se habla en otras zonas americanas influidas por el elemento africano.

Hay una relativa uniformidad idiomática en la región del litoral del Pacífico que va desde Arraján hasta las comunidades fronterizas de Chiriquí. Sin embargo, es de notarse las impresionantes variaciones de pronunciación y defectos de ortología o prosodia. Adelante señalaré algunas de las más sobresalientes.

El habla de los negros de la costa Atlántica ofrece diferencias muy marcadas al cotejarse con las de los habitantes del litoral Pacífico. Los isleños del Mar del Sur, se expresan mejor que sus hermanos del Atlántico.

La ciudad de Colón ha sufrido el impacto del inglés antillano en forma sensible. En la capital se nota también una fuerte vocalización antillana, además de la infiltración de vocablos y formas sintáxicas anglicados. Esto se nota sobre todo, cuando se visitan otras zonas de la Hispanidad. En Costa Rica me sorprendió un joven muy diestro en imitar los acentos regionales de nuestra América. Pedile que me hiciera una imitación del panameño y él, para mi sorpresa, pronunció algunas frases precipitadas casi hasta la incongruencia, con la boca muy abierta y una desagradable entonación de muchacho malcriado.

Bocas del Toro es un caso lamentable de ausencia del español. Débese ello sin duda a que allí se establecieron emigrantes de Trinidad y Providencia, de Barbados y otras islas Antillanas, donde se habla el inglés. Debo observar, sin embargo, que el negro bocatoreño es muy consciente de su panameñidad, que resiente que se le confundan con el antillano y que fue él quien primero usó para su grupo racial y lingüístico, el término *criollo*.

La extensión del inglés en Panamá y Colón es responsable de que los extranjeros con espíritu de observación que nos visitan saquen la conclusión de que en nuestro país el español está desapareciendo. Hace pocos días me fue presentado un oficial alemán que ocupó alto puesto en la dirección de las divisiones PANZER, de Hitler. Vive ahora en un

país Sur-Americano, donde desempeña el cargo de consejero militar de una dictadura militar. Tiene dos años de América y ya habla bastante bien nuestro idioma. Cuando se le dijo que yo venía agitándome en mi país por la conservación del idioma, me observó que al paso que íbamos no demoraría mucho en desaparecer el español de Panamá. Se refirió a que en Colón no había encontrado un solo vendedor de periódicos que no le hablara en inglés. De ahí dedujo que si nuestros muchachos de la calle no hablan el español, es porque ya las generaciones en formación lo ignoran.

Tuve que explicarle a mi nuevo conocido que esos vendedores le hablaron en inglés porque lo creían norteamericano y que, por otra parte, no representan ellos la panameñidad. Díjele que en una gran extensión del territorio panameño sólo se habla español a tal punto que él moriría de hambre salvo que pidiera comida por señas, si la visitara con desconocimiento del castellano.

Es un fenómeno viejo que cuando conviven grupos humanos que hablan distintos idiomas, indefectiblemente las palabras de los unos se transmiten a los otros. Esto es claramente observable en nuestras dos ciudades terminales.

Recuerdo que en Colón observé a un grupo de muchachos de familias de habla hispana que jugaban en la calle. Dramatizaban la lucha de policías con pandilleros. Uno de ellos perseguía a otro armado de un revólver de papelillo. Un tercero gritó al perseguidor:

¡Jansopéalolo!

Esto no es sino un ejemplo de los millares que podrían recogerse de la influencia del inglés en el habla del panameño de las urbes y que pone en peligro los fundamentos mismos del idioma.

Afortunadamente, nuestro Interior está libre de tales influencias, al menos hasta ahora aunque hay palabras que usa el hombre corriente de nuestros pueblos y aún algunos

que pueden considerarse educados, de indudable origen anglo o abiertamente inglesas. Son las más de ellas relativas a la mecánica automovilista y al uso del automóvil en general. Se han extendido voces como estas: *breque, closh, bomper, güinchil, guangüey, flat, guacha, revorse*, etcétera. El **Diccionario de Anglicismo** del Dr. Ricardo J. Alfaro presenta muchísimas otras palabras que se han introducido en Panamá con el uso del automóvil.

La verdad es que no se ha hecho una campaña metódica a través de nuestras escuelas para poner en uso las palabras españolas correspondientes a la mecánica automovilística.

Personalmente tuve sobre esto una experiencia. Tocóme en suerte en mis años mozos trabajar en una oficina de la Ford Motor Company, con sede en Cristóbal. Se me empleó como traductor y puedo asegurar que me sentí desconcertado al comienzo de mi trabajo, cada vez que tenía que traer al español nombres de piezas y partes que sólo conocía en inglés. Dediqué horas extras de trabajo a encontrar con ayuda de catálogos españoles editados en La Habana y Barcelona los equivalentes en nuestro idioma de todas las piezas y partes de los automóviles. Logré así formar un diccionario de más de doscientas voces.

Ningún otro idioma culto europeo ha influido sensiblemente en el habla del panameño. Sería muy interesante hacer un estudio sobre la influencia de los franceses del Canal en nuestra lengua y costumbres. Yo he encontrado muy pocas huellas de tal influencia, pero acaso se deba a que no me he tomado el trabajo de buscarlas sistemáticamente.

No creo que valga la pena establecer un cordón sanitario para evitar el ingreso de voces extranjeras en nuestra habla. Pero sí soy partidario de que se le dé al pueblo el conocimiento básico de nuestro idioma para que no se vea obligado, por ignorancia de lo suyo, a tomar prestadas voces que no son necesarias, ya que nosotros tenemos sus equivalentes en español.

“Las lenguas -dice el filólogo venezolano Julio Calcaño- son unas como plantas que no sólo tienen ramas y flores y frutos, sino también parásitos singulares que acabarían por destruirlas, a no haber estudio y diligencia por parte del cultivador.

“Como todo en la humana vida, las lenguas nacen, prosperan, decaen y mueren y así como nadie tiene poder para dar forma a un árbol ya crecido, nadie lo tiene tampoco para dar a una lengua las que rechaza su natural constitución”.

Yo no soy imitador de tonos idiomáticos, ni creo que sería adecuado alterar la austeridad de un parainfo con remedos de acentos regionales. Pero estoy seguro que entre mis oyentes hay quienes han escuchado a las gentes de nuestras distintas comarcas y han podido establecer la diferencia que hay entre el *goppe* de un nativo del distrito de Antón, y el hablar cantarín, con tonos de mejorana, de los campesinos de algunos distritos de Herrera y Los Santos, a la muy peculiar musicalidad que da a su palabra el labriego del distrito de Alanje.

Creo que sería inútil y hasta estéticamente perjudicial tratar de eliminar los acentos regionales en busca de una uniformidad prosódica que limpiara de matices el habla panameña. Puede lograrse, a través de las escuelas, el acrecentamiento del vocabulario del panameño, que por desgracia es bastante limitado. Pero dejemos que en cada región canten las palabras de acuerdo con las modalidades heredadas.

Un “hijo” de la costa de Colón cuya habla corriente no haya sido modificada por el estudio tiene su manera de hablar que lo caracteriza. Hay en él una tendencia a transformar en *ere* suave, la *de*. Y así, dice *marera* en vez de *madera*; *buenorías*, en vez de *buenos días*, *arorar* por *adorar*, *riego*, con *ere* suave, en *de Diego*, etcétera.

Es bastante conocido el cuento del político colonense de color que decía, refiriéndose al candidato presidencial del banco contrario al suyo:

- Si ron romingo gana, yo mejoro.

- ¿Y cómo va usted a mejorar -le preguntó alguien- si usted es su adversario?

- No mejoro de mejorar... -contestó el muy diestro.

La principal característica en la prosodia del antonero es el cambio de la *ere* por consonante igual a la que sigue. Así, un rihateño dice *puetto* por puerto, *muette* por muerte, *cueppo* por cuerpo y *cuedda* por cuerda.

Tocóme , casi adolescente, hacer mis primeras armas como maestro, en un campito de Antón. Puse especial interés en hacer con los muchachos ejercicios de lenguaje para quitarles algunos vicios de pronunciación y enseñarles el uso correcto de ciertas expresiones. Una vez me extendía sobre el buen uso de la expresión *el cual*. Y cuando creía haber logrado que los alumnos captaran lo que con tanto empeño quise enseñarles, pedí a uno de los más avisados que me diera una frase en la que figuraba correctamente *el cual*. Y para mi descorazonamiento, el chico ejemplarizó:

- El cuat-to donde yo duermo es muy estrecho.

Esta particularidad idiomática es observable también en casi toda la península de Azuero, donde se dice *puecco* por puerco y *güeta* por huerta.

¿De dónde se origina esta tendencia? Acaso de la influencia negra, aunque es notorio que en comunidades en donde el africano ha aportado poco o nada étnicamente, también se manifiesta.

La propensión a convertir en *ge* suave la *h* inicial cuando ésta precede al diptongo *ue* es común a todos los panameños

de raíz idiomática española. Pero esto no es sino supervivencia de formas arcaicas. Muchos escritores anteriores al Siglo de Oro así lo escribían y sin duda lo pronunciaban también. *Güevo* por huevo, *güeso* por hueso, *güero* por huero, son formas corrientes en Panamá y aun en toda la hispanidad. La tendencia es tan arraigada, que el panameño cae en ella al asimilar palabras extranjeras, y así dicen *sangüich* o *sängüt-che* por sandwich y *guan-güey* por *one-way*.

No es raro el uso de palabras corrientes en su forma arcaica en nuestra gente interiorana. Nuestro campesino dice *murctégalo* por murciélago. Pues así se dijo antes y así aparece en la Gramática de Nebrija, que fue la primera que se hizo de nuestro idioma. Por lo general, palabras que consideramos incorrectas las usan nuestros campesinos sencillamente porque así las recibieron de los conquistadores y colonizadores.

Julio Calcaño, ya citado atrás, trae en su libro *El Castellano en Venezuela*, algunos arcaísmos muy frecuentes en nuestra campiña, tomados del *Premio o Carta al Condestable de Portugal*, por el Marqués de Santillana, en el que figuran *restituición* por restitución; *estorio* por historia y *semos* por somos.

Dice también nuestra gente *diferencia* por diferencia, en lo cual no hace sino conservar la forma pristina de la palabra.

El panameño más culto no tiene empacho en usar la voz *enantes* por antes. La Academia tiene a *enantes* por voz anticuada. Pero modestamente opino yo que *enantes*, tal como nosotros aquí lo usamos, no es lo mismo que antes, pues aquí lo tenemos para referirnos al momento poco anterior a aquél en que se está hablando. Así, decimos: "Antes se viajaba en vapor. Ahora, en automóvil y aeroplano". Y es como si dijéramos *antaño*. En cambio, decimos, si nos preguntan por alguna persona: "*Enantes* pasó por aquí". Con lo que queremos significar que justamente acaba de pasar la persona solicitada.

Hay quienes dicen *aninantes*, voz traída por los indoctos que vinieron de la Península en los albores de la colonización.

En forma ponderativa, incurre el panameño frecuentemente y con él otros hijos de América, en poner en diminutivo un adverbio. Así decimos: "Enantito estuvo aquí Pedro". Y es como si dijéramos: "En este momento acaba de irse".

Igualmente ponemos en diminutivo por ponderación el adverbio ahora, cuando decimos "Ahorita voy".

Entiendo que esta forma de hablar nos la trajeron los andaluces y extremeños que tanto influyeron en la siembra del castellano en América y muy especialmente en Panamá.

Pero no sólo usa el panameño la forma diminutiva como superlativo en ciertos adverbios. Lo extiende también a algunos gerundios.

"Aquí trabajandito" -suele decir el trabajador del campo cuando se le pregunta cómo le va o qué hace. Y certeramente dice Teresa de la Parra que esto significa que el preguntado trabaja con poco provecho, calamitosamente.

"Voy caminandito" es también expresión corriente del panameño, y no es exactamente lo mismo que caminando, porque al hacer diminutivo el gerundio se quiere dar la noción de que se camina porque no se puede hacer otra cosa, sin tener como meta algo de provecho.

También el diminutivo tiene un sentido malicioso entre los panameños, aun aplicado correctamente a un sustantivo. Recuerdo que a unos políticos que hacían un recuento de votos, alguien les preguntó:

"¿Cómo va ese trabajito ?

Y aquel diminutivo hacía pensar de inmediato que el recuento se hacía con otra finalidad fraudulenta. Porque hay

gran diferencia entre un trabajo, que puede ser honrado, y un *trabajito*, que puede solapar cosa dolosa.

La inflexión que se le dá a una frase puede introducirle un significado que se aleja mucho del académico. De ahí la necesidad del pentagrama que pedía Teresa de la Parra.

Un panameño dice: "Va a ser", y por la forma de cantar la frase está expresando claramente que no va a ser.

Así también usamos formas aparentemente negativas para implicar afirmación, como corriente "¿Cómo no?", y afirmativas para negar, como cuando decimos, "¡Ah, sí!". En el Interior, para significar abundancia, es corriente un término antitético, y así dicen: "se llevó tamaño poco de arroz", para significar que llevó mucho.

Aunque a ustedes, que tienen que sufrirla, ha de parecer larga esta plática, puedo asegurarles que vengo tratando aquí los distintos aspectos del habla panameña en forma lastimosamente suscita y que cada uno de estos aspectos, tratado *in extenso*, podría ocupar toda una plática.

A algunas personas podría parecer más chusco que instructivo abordar aquí la línea de los apodos. Sin embargo, yo creo, y a mi creencia me han llevado muy respetables estudiosos de las lenguas, que la manera de apodar de un pueblo es de un valor psicológico y lingüístico.

Indudablemente, nuestro prurito de apodar nos viene de España y sobre todo de Andalucía, donde no hay persona que no marche por el mundo con un mote que sustituye con exactitud el nombre.

Hay varias clases de motes. Tenemos el colectivo, que se aplica a personas de una determinada región. No nos parece sobrado recordar que en el **Quijote** aparece todo un pueblo al que se le motejaba por un rebuzno, lo que dio lugar a toda una batalla campal de la que salieron maltrechos Don

Quijote y Sancho porque este último, como luego definió su amo, incurrió en la falta de "mentar la sogá en casa del ahorcado".

Hay también el apodo psicológico, que hace de una característica subjetiva del apodado, y el físico, hijo de un defecto o modalidad exterior de la persona que lo mereció.

Recuerdo que los penonomeños solíamos llamar a los natariegos "come-cuímbaras", sin que me haya sido posible averiguar por qué, pues no me satisface la explicación que alguien me dió sobre que los nativos de Natá acostumbraban comer una fruta llamada *cuímbara*, despreciada por su inferior calidad, por los otros interioranos. El antonero para el penonomeño, era "*bebe-chicha y embustero*".

A veces el remoquete colectivo se circunscribe a toda una familia. En mi pueblo hay varios casos que sería impertinente traer aquí. Y en La Chorrera hay familias enteras a quienes se les denomina por el mote que mereció algún abuelo.

El apodo psicológico, como dejo dicho, es provocado por una modalidad subjetiva del apodado, o por un hábito definido. Conocí a un individuo en un pueblo interiorano delante de quien no se podía usar la palabra *velorio* sin provocar su disgusto. Y fue porque alguien incurrió en motejarlo *Velorito*, por su inveterada costumbre de no faltar a velorio en busca de trago, café y comida. *Mañanita* llamaban en mi pueblo a un madrugador y en otra parte, *Perro goloso* a uno que tenía instinto certero para dar siempre en cualquier lugar donde hubiera aguardiente y comida pagados por otros.

El apodo que se refiere al físico de la persona es sin duda el que requiere mayor captación y más aguzado ingenio. En La Chorrera, pueblo donde apodar es fina tradición, han florecido motes tan certeros como *Hilo-en-cuatro*, aplicado a un tipo largo y desgarrado; *Punta de Urbe*, *Mono Huérfano*, *Gato Brujo*, *Pistolita*, *Bollo-e-Coco* *Cristo-el-Muladar*, este último

biográfico, aplicado a un individuo que solía irse al muladar del pueblo, acostarse allí con los brazos en cruz y sendos puñados de maíz en cada mano, en espera de que vinieran las gallinas a *picar* para agarrarlas por el pescuezo y llevárselas luego a su casa a *prepararlas* .

Son también los antoneros diestros apodadores. Motes se encuentran allí de gran acierto. Conoci a un antonero que, por sufrir de Baile de San Vito, le decían *Pescado-a-los-tientos*

Y el que ha visto a un campesino con una *amarra* de pescados atada a los tientos de la silla, moviéndose al trote de la cabalgadura, no puede menos que calificar de genial al mote.

Un cojo había en Anton, de piernas arqueadas, a quien dieron un sobrenombre zoológico que por respeto no he de decir aquí, al cual nunca se acostumbró la víctima.

A un inspector de rentas de licores que llegó a Antón a acabar con la chicha fuerte y el guarapo, por llevar ropa aceituna y polainas y sombrero del mismo color, y ser de cetrino pigmento, motejaron de *encurtido* . Y el apodo le mortificó tanto, que pidió su traslado.

En Penonomé también se han puesto muy buenos apodos. *Caballo Cansao, Manta Mojá, Chogorro en Balsa, Muerto Bañao, Puerco Josando* son algunos ejemplos de los muchos que aquí podría traer.

Cangarú, Zorro de Cumbia, Tigrillo en Loma, Paraguas Cerrao, Lagarto Dormío, Cabeza-de-Guanábana, Guarumo en Rastrojo, Cántaro Ahumao, Vela-e-Esperma, Cangrejo En-sacao, son un muestrario de apodos de distintas partes del país.

En un pueblo santeño hay un matrimonio. El tiene una estatura no menor de seis pies. Ella difícilmente alcanza cinco. Alguien le puso a la pareja *El Púlpito*, y así se ha quedado.

Sobre esto de apodos podría seguirse hablando por largo rato sin agotar el tema. Pero debo pasar a otra cosa.

Gracias a la orientación que a su cátedra universitaria ha sabido darle el doctor Baltasar Isaza Calderón, ha sido posible investigar cosas del habla de nuestro pueblo que se encontraban inéditas. Quiero referirme especialmente a un trabajo de paremeología (tratado de los refranes, dice el Diccionario) que presentó para optar al título de Profesora de Español por la Universidad Nacional la Señorita Bárbara Navarro, de cuya elaboración me di cuenta porque la inteligente autora acudió a mí más de una vez, no en busca de orientaciones ni luces que las negligencias de mi cultura me impedían darle, sino de material primo acumulado por mí en una serie de trabajos breves, los más de los cuales vieron la luz en mi fenecida columna del diario LA HORA, *Campaña Interiorana*.

Al penetrar en el habla del panameño, hay derecho a tener en cuenta todos los refranes venidos de España y de otras partes, que se usan en el Istmo. Pero eso sería sobrado en un trabajo de las limitaciones del que ahora me ocupa.

Basta traer aquí algunos que, según mi parecer, auténticamente panameños y constituyen valioso aporte de nuestro pueblo a la parameología de nuestra lengua.

Es muy difícil determinar la panameñidad de un refrán. Ni siquiera sirve buscarlos en los refraneros españoles corrientes, pues ninguno alcanza a encerrar todos los de la Península y de ellos hay muchos que fueron traídos verbalmente por los españoles. Pero algunos revelan su autenticidad por la presencia de cosas de nuestro ambiente, que los españoles no tenían. Así, por ejemplo, cuando decimos: "Por el sombrero se conoce al iguanero", aunque usamos la palabra sombrero, que corresponde a una prenda que el indio precolombino no utilizaba, introducimos "Iguanero", que viene de iguana animal de la fauna de América. Esto tiene su equivalente en el refrán español: "Por la maleta se conoce al pasajero".

“ No le dijo perro, pero el mostró el tramojo “, suele decir el hombre de nuestra campiña para significar cuando se ha herido a otro eufemísticamente o con una indirecta. Todas las palabras usadas en este refrán son castizamente españolas. Pero la panameñidad se echa a ver en que la palabra tramojo tienen en él un significado nuestro, que no es el que se le dá en España. Castizamente, tramojo es término de segadores y se aplica al vencejo o atador para la mies. En nuestra campiña tramojo es una especie de nogal triangular de madera que se le pone a los canes.

“ Quien anda con cholo, anda solo “, es refrán muy usado en mi pueblo. El refleja la desconfianza del hombre del poblado, heredero del español, en el mestizo de la montaña de voluble devoción. El elemento humano que compone este refrán lo denuncia como panameño, o por lo menos como americano.

“ El que tiene el ojo duro comienza a llorar temprano “ es refrán que oí por primera vez de labios de una lavandera de mi pueblo y que nunca he encontrado en refraneros de otras zonas de la Hispanidad ni en libro alguno. Aplícase a quien debe comenzar a trabajar con el día porque es mucho lo que tiene que hacer e inaplazable la necesidad de llevarlo a cabo para resolver el problema del pan llevar.

“Cuando el pobre lava, llueve y ese otro día no hace sol”, es forma paremeológica que refleja el pesimismo del que vive muy sin dinero y sobre ello el tiempo se empeña en amolarlo. No he encontrado este refrán sino entre nuestra gente interiorana.

“Aquí, como la yuca de Mayo” -solía contestar la señora Gabriela, mujer de mi pueblo con muchos afanes y poco lucro, para pintar su estado calamitoso. Y es porque la yuca, tan auténticamente nuestra, se hace clara, cristalina e incomible al iniciarse la estación lluviosa; el símil es acertado.

No respondo por la panameñidad de otro refrán de igual significado, muy extendido en nuestra campiña: "Aquí, como cacho en *empedrao*", suele decir el pobre con certera objetividad, cuando se le pregunta cómo está.

El pesimismo de nuestra clase pobre se alarga a veces del refrán a la copla y se hace tonada melancólica en la rueda del tamborito. Y así, se canta:

*Quando el pobre se enamora
viene el rico y se atraviesa.
Y el pobre sale a la puerta
rascándose la cabeza.*

"Quedas en ese vestido como garrotillo en chácara", es forma hiperbólica de expresar que una persona lleva ropa demasiado holgada. De la panameñidad de este refrán se puede responder por la presencia de la palabra chácara, netamente nuestra, y por el uso de *garrotillo* con un significado que no tiene España donde implica muy otra cosa que el látigo para estimular la cabalgadura, que es la acepción panameña.

"Esto lo ve un ciego con mal de vista" se dice para hacer presente lo muy obvio de un asunto. Tiene parecido con aquello de Don Quijote:

"Ciego es, Sancho, quien no puede ver por tela de cedazo".

"Hay pasos que *atuellan* y otros que *atascan*", es refrán usado para significar que en la vida hay dificultades más grandes que otras.

"El gallinazo nace blanco", es sentencia con la que se quiere significar que nacemos puros y con los años se van revelando los malos instintos que heredamos de nuestros mayores.

“De las ganancias y el capullo, lo que te queda es tuyo”, acaso quiera decir que sólo después de liquidado un negocio se sabe que se ha ganado.

Suspendo los refranes, que no ha de ser esta plática el cuento de nunca acabar.

Ni voy a entrar en consideraciones sobre las formas más corrientes de expresión de nuestra clase campesina, de muy escrupuloso vocabulario, evasiva siempre de la vulnerabilidad y cuajada de limpia y sencilla cortesía.

Debo decir, como palabras finales, que la conservación y acrecentamiento de nuestro idioma tiene que ser forzosamente el broquel protector de nuestra nacionalidad, el que impida la destrucción de las cosas que nos dan fisonomía y nos fijan como copartícipes de una cultura que no le va en zaga a ninguna otra y que debe sernos cara porque ella nos viene de nuestros antepasados y es carne y espíritu nuestros.

De impresionante fortaleza, nuestro idioma ha resistido victoriosamente en Panamá el impacto de lenguas extranjeras, sobre todo la inglesa presente entre nosotros, no a partir de 1903, cuando al iniciarse las obras del Canal aumentó el ritmo de la penetración norte-americana, sino desde mediados del Siglo XIX, cuando las corrientes de aventureros atraídos por el señuelo de los placeres áureos de California, determinaron la construcción del primer ferrocarril transcontinental.

Eramos, al comienzo de la República, menos de 400,000 istmeños, analfabetos casi totalmente y ya penetrados por el Extranjero, como dejo dicho. Entonces muchos predijeron, y con razón aparente, que no pasarían veinticinco años sin que nuestra pequeña y atrasada nación perdiera sus características hispano-americanas.

Pero la verdad ha sido muy otra. A veces pienso que la necesidad de resistencia creada por tratos discriminatorios en la zona canalera ha dado reciedumbre al panameño para mantenerse asido y arraigado a sus tradiciones y en agonía de superación, como el árbol busca lozanía y fuerza para crecer hacia el cielo y resistir los embates de los vientos, hincando sus raíces en la madre tierra.

He sentido desde que comencé a pensar, que para mí ser panameño significa más una responsabilidad que un motivo de orgullo. Pero he de confesar que a veces siento que se me adentra en el alma la satisfacción de pertenecer a un pueblo que ha dado insuperables pruebas de resistencia vital y que, ante las corrientes extrañas, ha sabido hacerse más pujante en vez de desmayar y perecer.

Y porque sé que es nuestra habla tan española y tan panameña la más señalada de nuestras fuerzas vitales, amo la manera de decir de mi pueblo y acudo a ella en busca de fe e inspiración, siempre que trato de enviar mis mensajes sencillos de escritor istmeño a mis semejantes.



Eramos al comienzo de la república menos de 400,00 colonos analfabetos casi totalmente. Muchos predijeron que en 25 años nuestra pequeña y atrasada nación perdería sus características culturales. La verdad ha sido otra. La necesidad ha dado reciedumbre para mantenerse arraigados a sus tradiciones y en agonía de superación. Pescadores de la costa pacifica reparando sus redes. Foto: M. A. Guerra.

ALGUNOS APUNTES SOBRE EL LEXICO POPULAR MEDICO PANAMEÑO (1979)*

Tomás P. Owens

Cada país y cada región geográfica suele presentar sus costumbrismos idiomáticos particulares, rasgos del idioma que a veces en forma *sui generis* aparecen como lo autóctono de la zona. Estos rasgos idiomáticos pueden ser frases, apodos, dichos, formas de entonación, gestos seudoverbales u otros y abarcan todos los aspectos de la cultura de la región, términos para describir los alimentos, el comportamiento, el folklore, los deportes, las costumbres, el vestir y en general, todo lo que requiera modismos como medio de expresión. Los lingüistas autóctonos de cada región han hecho excelentes contribuciones sobre el léxico popular de las distintas zonas culturales, a veces trabajos muy completos que han tomado una vida para completar. Actualmente en los Estados Unidos de América, con sede en la Universidad de Chicago, se lleva a cabo un trabajo sobre modismos del idioma por región y por estado que se inició hace más de una década y todavía está en sus albores.

En Panamá son ampliamente conocidos los trabajos sobre modismos y folklore del idioma del maestro Gil Blas Tejeira, lo mismo que los muchos escritos de don Baltazar Isaza Calderón, de Mejía Dutari, de Alberto Méndez Pereira y el ya muy adecuado acervo de literatura costumbrista como es el cuento de Rogelio Sinán, de Jurado, de Fábrega, de José María Núñez, de Ferrer Valdéz y muchos otros. Algunos de estos eximios cuentistas, médicos, introducen muchos términos médicos populares en sus escritos pero no es forma de estudio del idioma sino para crear la novela costumbrista. No hay un verdadero diccionario de provincialismos en nuestro medio como sucede en Santo Domingo, con la obra de Patin Maceo, en Venezuela con la de Julio Calcaño o en Guatemala

* Tomado de: **Revista Lotería** N° 280 junio 1979, Panamá.

con la de Lisandro Sandoval. Pero existe la gran obra de Santamaría, **Diccionario de Americanismos** que nos sirve de base para estudiar las publicaciones muy nuestras como son el **Vocabulario Típico Panameño** de Herrero Fuentes, la obra **El panameño visto a través de su lenguaje** de Luisita Agullera, el **Diccionario de Anglicismos** de Ricardo J. Alfaro y la magistral Obra de Gil Blas Tejeira **“El habla del panameño”** La obra de la Dra. Padilla es sobre provincialismos chiricanos.

Para empezar a escudriñar sobre el habla médica criolla creo deben lograrse algunas premisas. En primer lugar la persona que lo estudia debe ser médico; en esta forma no solamente se enuncia el dato sino que se puede comprender mejor el significado y se puede averiguar el sinónimo médico-científico y así explicar mejor los términos; en pocas palabras hay mucho mayor número de apercepciones. En segundo lugar el médico debe tener experiencia de atender pacientes de parajes y condiciones diversas para recibir datos más variados que tengan significado nacional y no solamente urbano o local.

Nosotros hemos recogido, de nuestra consulta privada y de nuestra consulta de la Caja de Seguro Social, un listado por cierto incompleto, de términos autóctonos usados con frecuencia por el panameño que se acerca al médico en pos de ayuda. Sirva esto tan solo como un esbozo inicial para que después, otros, con mejor preparación lingüística confeccionen nuestro diccionario de términos médicos vernaculares panameños.

Todos los días aparece un paciente en el consultorio quien desea su “chequeo anual”, del inglés to check que significa verificar o examinar. Recordamos una paciente a la cual le inducimos a usar el término revisión anual; lo aceptó, con cierto desagrado, y no volvió a vernos. Esto nos enseñó que debemos cuidarnos en el trato con el enfermo y no lastimarle al hacerle ver que usa terminología impropia. Si lo seguimos haciendo quedamos como médico “Parrampán” o pe-

tulante, y usamos el vocablo que considera Tejeira como muy autóctono, el de "parrampán". Varios pacientes nos han informado que no visitarían más a tal facultativo porque era un "parrampán".

Cuando el paciente desea expresar que presenta los pró-dromos de una enfermedad, o presenta síntomas inciertos que suelen presagiar algún trastorno suele decir "me quiero enfermar", o si siente tos "me quiere dar bronquitis", o "tengo principios de bronquitis" o nos dice "como que me va a dar gripe". Cuando se usa la palabra principios también quiere decir el paciente que el proceso fue leve, "tuve principios de pulmonía" o sea una pulmonía leve. A veces el médico perpetúa esta terminología al decirle al enfermo que no tuvo bronquitis pero sí tuvo "principios".

Para explicar un dolor el panameño usa términos que para él tienen significado muy preciso. Así, describe una dorsalgia como un "viento", un "aire" o un "ahínco". Este es un tipo de dolor de desarrollo súbito, progresivo, bastante localizado, de tipo muscular, que casi siempre el paciente lo relaciona con un movimiento brusco o cambio súbito de temperatura, de allí el término "viento", como si la causa fuese una exposición a una ráfaga de brisa súbita. El paciente asimismo, localiza su dolor en relación con el órgano que cree lo produce, así nos dice que ¿tengo dolor en los riñones", o "dolor de cintura", o "me duele el bazo". Casi siempre cuando lo atribuye al riñón se toca la masa común lumbar o sea la musculatura lumbar para vertebral, la cual probablemente es la verdadera causa del dolor, pero no tiene ese elevado nivel social que tiene el riñón, como órgano más noble. Cuando se toca la zona lumbosacra o las articulaciones sacroiliacas es que nos indica dolor "en las caderas"; esto lo diferencia nitidamente del "dolor en los riñones". El dolor "en el hígado" es localizado en el hipocondrio derecho y el dolor "del bazo" en el hipocondrio izquierdo; casi siempre son dolores reflejos y no manifestaciones patológicas de estos órganos. El dolor "en los ovarios" suele ser localizado en las fosas ilíacas, la mujer se toca puntos que realmente equiva-

len a la proyección del ovario en la pared abdominal. Algunas veces este dolor sí es ovárico, muchas veces no lo es y finalmente algunos que pueden no ser ováricos se tornan fijos por la sugestión dada por el ginecólogo quien le informa al paciente que tiene una "inflamación del ovario".

Cuando el dolor produce tirantez o cierta rigidez se describe como "embaramiento" y la persona está "embarada", vocablo que probablemente viene de la palabra vara o palo largo rígido muy usado en el campo. Cuando el dolor es leve pero pertinaz puede llamarlo "un dolor lento" o un "dolor cansado"; esto sería lo que el médico a veces le ha dado por llamar dolorimiento. Algunos dolores son difíciles de describir, hasta en términos médicos, como es el caso del dolor producto de un esquinco de la muñeca o la zona lumbar. El panameño lo describe como "se me abrió la muñeca" o se me "abrió la cadera". A veces el dolor es tan vago que no parece realmente un dolor; así sucede a veces con el dolor lumbar, a veces el paciente lo describe como un "desconsuelo" y el médico lo comprende como un dolorimiento tórpido, leve pero pertinaz, que irrita al enfermo por su constancia.

Un tipo de dolor frecuente es la parestesia o adormecimiento. El paciente suele llamarle "dormidera", casi siempre de las porciones más distales de los miembros, y dicho sea de paso, sin excepción lo atribuye a "mala circulación". Algunas veces el dolor es muy leve y más bien parece un malestar; así suele suceder con el dolorimiento epigástrico al cual a veces el paciente le llama "fatiga" en el estómago o le llama "un desconsuelo en el estómago". Debe aclararse que cuando el enfermo dice dolor de estómago lo localiza exclusivamente en el epigastrio, todo otro dolor abdominal es un "dolor de barriga" pero no un "dolor de estómago".

En la medicina de cabecera de hoy uno de los diagnósticos más usuales es el de depresión y la más frecuente es la depresión larvada, escondida, no perceptible. El paciente suele no reconocerle como tal y mucho menos usará el término depresión. Casi siempre nos dice que sufre "cansan-

cio" o "fatiga" y al indagar notamos que no es un cansancio puramente físico. Si preguntamos si se siente con "pereza" suele considerarlo como una ofensa pues él no es perezoso. Lo que siente es "una cabanga", vocablo muy nuestro que significa sentir nostalgia o añoranza, un sentimiento de desconsuelo como el que describe el poeta Marchena "como de sala donde hubo fiesta". Esta sensación distímica la describe el enfermo como "hastío", "cansancio", "aburrimiento", "fatiga", "desaliento", y otros. Muchos de estos quieren significar simplemente tristeza o melancolía otros significan astenia o abulia y el médico debe discernir para localizar un trastorno físico o uno sicobiológico.

Quizás el término médico vernacular más usual en el consultorio que atiende damas es "inflamación". La mayor parte de las veces se quiere significar una sensación de dolor vago y pesantez pélvica, pero lo típico es que se acompañe de molestias vulvovaginales lo mismo que urinarias; así es que anotamos con relativa frecuencia "inflamación" con "orinadera", o sea con polaquiuria o "ardor al orinar" que es la disuria. Para algunas el término "inflamación" es bien preciso, o sea, que no incluye síntomas urinarios, ni lumbalgia, sino solamente un dolor quemante del bajo vientre, casi siempre atribuido a proceso ginecológico. Como término genérico se ha extendido para incluir "inflamación de los riñones", "inflamación del hígado", "inflamación del estómago" o "inflamación de los ovarios". Otra acepción de la palabra "inflamación", muy usada es la que se le da el significado de tumefacción o sensación de tumefacción y así veremos: tengo "la rodilla inflamada" aunque no duela o tengo el "hígado inflamado" por tener la sensación de plenitud. Una "inflamación" que se presenta con ardor al orinar sería: "inflamación en el caño de la orina". Una "inflamación" de los dedos sería un edema digital y algún paciente nos ha dicho: "tengo los dedos regordidos e inflamados" y con esto quiere decir que los tiene edematosos y dolorosos.

Existen muchas formas de escribir el decaimiento físico o cansancio físico o intelectual, síntomas de los más frecuen-

tes. Si las molestias son ligeras el enfermo puede decir que está “desencajado”, o sea que siente un malestar vago no descifrado. Si las molestias producen una pérdida ponderal y esto es notorio dirá que está “escurrida” o sea que se nota delgada. Si se siente astenia súbita, o sea sensación de desmayo o prelipotimia esto lo describe como “se me nubló la vista”, o “me siento las piernas flojas”, o “siento que se me va la vida” o “siento una flojera” y se me “aflojan las rodillas”. A veces la palabra para describir la astenia es “descoyuntamiento” que entiende el médico como decaimiento general. Otro término muy similar es el de “desmadejada”, con el mismo significado. Puede el individuo combinar estos términos para hacer énfasis y quizás él considera existe una diferencia sutil entre estos; así puede decir: ¡“tengo un descoyuntamiento y me siento desmadejada, escurrida y se me afloja todo”! El paciente puede usar la palabra “angustia” para describir la astenia o cierta flojedad. Tal decaimiento puede traer el componente psicofisiológico de opresión precordial; entonces nos dice: “tengo el pecho apretado” o tengo “una fatiga en el pecho” o “se me quiere atajar la respiración”. Una expresión muy delicada me dio una paciente quien se sentía sola, decaída y triste: “cogí los muertos para mí”. No se requiere otra explicación. A veces se quiere describir una combinación de debilidad y depresión, y un término usado es el de “desgonzamiento”. Si las molestias son muy variadas e incluyen astenia pero no son primordialmente de depresión algún paciente ha usado el vocablo “desporrongado” y con esto quiere decir que está “hecho leña” o “hecho trizas” o “amodorrado”.

Son interesantes las formas de expresar diminutivos o, al contrario, acentuar un estado para aclarar al médico una situación determinada. Una tos ligera es una “tosecita”, con relativa frecuencia es una “tosecita crónica” o sea a largo plazo y entonces puede ser un síntoma importante. Una “fiebrequita” puede ser solamente un escalofrío o una sensación febril dudosa. Un “mareito” puede ser una inestabilidad o un ligero vértigo, o simplemente un malestar vago. Un “ahoguello” resulta ser una leve disnea o sea síntoma asma-

tiforme o de insuficiencia cardíaca incipiente. Una "garrasperilla" significa una molestia ligera de la garganta o un escozor faríngeo. Si el paciente desea recalcar que se siente mal, puede hacer énfasis solamente acentuando la oración o haciendo uso de más de un vocablo: "me siento mal", me siento "achurrado", o "estoy hecho una porquería", o "estoy destrampado". No es raro que el enfermo trate de enfatizar su malestar haciendo uso de palabras groseras, por ejemplo, si nos dice una dama "me siento fregada" tiene la misma acentuación que al decirnos un varón "me siento jodido". O puede insistir más y enunciar "estoy hecho mierda": esto sí enfatiza el hecho de sentirse mal; es mucho más que decir "hecho añicos".

Algunas áreas de la problemática médica son tabús y se tratan de solapar o se usan eufemismos para describirlas. Dos de éstas son todo lo relacionado con las excretas y lo sexual. Al paciente no le es fácil hablar sobre la defecación, por eso todavía se puede oír en un consultorio "hago la mayor bien" o "tuve que hacer la menor". Con mayor frecuencia usa el término "deponer" y "obrar" o la frase "dar del cuerpo". Otras veces quieren ser menos directos y hemos oído la frase "voy a hacer el mandado" o "voy a hacer una diligencia". Más usualmente oiremos los términos "hacer excusado" o "hacer servicio" pero esporádicamente hemos tenido que hacer uso de los vocablos "hacer pupú", o "cagar" para hacernos entender en algún caso extremo. Lo mismo puede suceder con las variantes de las deposiciones normales. Así tenemos que para describir una diarrea puede usar la frase "estoy mal del estómago", a diferenciar de la expresión frecuente "estoy con el estómago"; con esto se quiere insinuar que se sufre molestias estomacales o digestivas, casi siempre a largo plazo mientras que "estoy con el estómago malo", suele ser sinónimo de diarrea aguda o a corto plazo. Lo mismo sucede con el término "estómago sucio" que equivale al vocablo "empacho": se relaciona con una dispepsia y puede o no presentarse con diarrea. Para la estitíquez la enferma puede decir "estoy estreñida" o estoy "constipada" o tengo "el estómago duro" o simplemente "estoy muy dura". Aquí hay

varios aspectos que se prestan a discusión. Algunos pacientes quieren diferenciar la estitíquez del estreñimiento y otros no tienen la idea médica clara y consideran que si hay una deposición diaria hay estitíquez. Sobre el mismo tema un "dolor del intestino" es una proctalgia o un dolor perineal; tener "el intestino afuera" sería un prolapso rectal o sea una protusión de la porción del grueso que llamamos recto; sufrir "de pujo" es sufrir tenesmo rectal o sea ese dolor opresivo perianal. Otros términos para diarreas son "churria" y "obradera".

Lo relacionado con la sexualidad o lo genital produce una serie de eufemismos en virtud de la dificultad que siente el paciente para entrar en ese campo oscuro que considera muy íntimo. Para describir la menarca de su hija la madre nos dice "ya se desarrolló" o simplemente "ya le vino", o "ya es una mujer". Esta última frase en muchos casos también significa que la persona no se considera virgen. Para obviar el uso del término menstruación prefiere la mujer usar la palabra "regla", o decir "estoy enferma", o simplemente "me vino". Si padece una amenorrea o un atraso menstrual: "No me ha venido", o "me faltó la regla" o sencillamente "me quedé esperándola". Para describir una leucorrea o una secreción vaginal dirá con regularidad la paciente "me bajan manchas" a cuya frase el médico a veces le viene el deseo de responder "¿no le suben manchas?". Todavía en la mujer joven suele oírse la frase "tengo flores blancas" o lo todavía más recóndito "ensucio el panty", o "me baja una agua" o "me baja una baba". La descripción del acto sexual es muy difícil para el paciente y es muy raro que use la palabra coito. Para describir el coito puede decirnos "cuando estoy con mi marido" o "cuando hacemos algo", o "cuando nos acostamos juntos". Si no presenta actividad sexual que advierta "ya no me molesta mi esposo" o "ya dejé el mundo" o la muy delicada frase "estamos como hermanitos". Incluso para describir la zona genital externa tanto la mujer como el varón suele dirigir la mirada hacia la región y decir "tengo algo en mis piernas" o "tengo algo allá abajo" y el facultativo en forma jocosa a veces le busca los pies. Si contrajo una blenorragia el varón

nos suele decir "me pegaron una", o "estoy picado de víbora", o "mancho los calzoncillos".

El estado de embarazo se presta para la sinonimia. El término "estar preñada" suele ser algo denigrante y se usa para describir en forma grosera a un embarazo. Lo más usado en Panamá es "estar encinta", y a veces "estar en estado interesante". Los términos de gestación y de gravidez son poco usados por los pacientes. El eufemismo por menopausia es "cambio de vida" y puede presentarse con distermia o sensación de calor o frialdad: son los "sofocos", los "fogajes". Si esto se acompaña de un cortejo sintomático mayor, con astenia, nerviosismo o desmayos a esto le llamaría "un faracho". Y si estos síntomas erráticos la hacen sentirse decaída asténica, atemorizada y con tendencia a la poca concentración y al olvido nos puede decir "me siento ahuevada" o estoy "alelada", vocablos muy nuestros y muy descriptivos.

Tabú en nuestro medio es hablar de la muerte y lo que se relaciona con la misma. Quien murió o "peló el bollo", o "se cafeteó", o "se petateó", o "se chancleteó", o "pasó a mejor vida", o "estiró la pata". El concepto de agudo suele percibirlo el paciente como algo severo y grave, no con el sentido médico propio del término que significa de corta duración y febril; el concepto de crónico es de algo incurable así "lo mío es crónico" significaría a muy largo plazo y sumamente difícil de resolver. El facultativo debe cuidarse de usar estos términos a la ligera al frente del paciente sugestionable.

Las enfermedades triviales, cotidianas, ofrecen descripciones muy conocidas por todos y términos que se han ido deformando con el tiempo. "Sufro de reuma", suele significar sufrir de rinitis crónica o sea de secreción nasal y obstrucción nasal y no es el primer paciente quien es enviado al reumatólogo a la ligera cuando lo que sufre es de la nariz! Un "resfrío crónico, o un "moquillo", o "una moquera" suele no ser un resfriado común recidivante sino más bien una rinitis alérgica que se exagera a intervalos. Un "resfriado de pecho"

es uno que se acompaña de molestias torácicas sea cibilancias pulmonares u opresión; un "resfriado de la cabeza" significa sensación de congestión frontal y un abotagamiento y puede presagiar una verdadera sinusitis. Cuando el paciente se presenta y le informa al médico: "sufro de sinusitis" lo que quiere decir es que sufre una rinitis alérgica... ya los hay que suficientemente sofisticados usan estos términos y se nos acaban los datos para trabajos lingüísticos como éste. Si la tos es seca nos informa: "toso y no arranco"; si la tos es severa nos informa "tengo bronquitis" y esto lo propician los facultativos quienes a la ligera usan el término. La descripción de la disnea es muy variada y va desde la ligera dificultad ventilatoria hasta la sensación de asfixia severa. Así, si la disnea es leve nos dirá el enfermo: "tengo un ahoguillo"; si es mayor o sufre asma: "sufro de ahogo"; si la dificultad no es típicamente asmático: "tengo el pecho apretado"; si la disnea es sin sibilancias: "tengo falta de aliento" o simplemente "me agito". Si se acompaña de palpitaciones: "siento que el corazón se me va a salir". Si la opresión es en la base del cuello dirá: "tengo un atorado o una torazón".

Muchas enfermedades y síntomas presentan en nuestro medio vocablos muy tradicionales que en algunos casos hasta son usados por los profesionales. El término "carache", algo despectivo, suele usarse para describir un hongo del cuerpo y como se considera relacionado con la falta de higiene es algo sucio y digno de mofa. La "brasa" suele ser una erupción que el médico llama impétigo aunque para algunos podría ser un Herpes simple o Herpes Zoster. El "pañó blanco" suele ser lo denominado Pitiriasis versicolor pero puede usarlo el enfermo para describir cualquier descoloración de la piel como es la Dermatitis solar hipocromiante. Un "mal de vista" es una conjuntivitis. Una "seca" o una "chumba" es una adenopatía. Una "peladura" es una ulceración superficial de la piel o una escoriación. Una "tetita de carne" suele ser un condiloma o una verruga o un acrocórdón. Un "golondrino" es una hidrosadenitis a nivel axilar mientras que las lesiones supurativas inguinales son "incor-

dios”, localizados en “el pegue”. Una ingle “escaldada” puede tener una infección por hongo o un proceso irritativo pero lo que trata de describir el enfermo es lo irritado y rojo de las lesiones superficiales. Un “mal de orines” incluye la triada sintomática usual de dolor pélvico, disuria y polaquiuria. Un dolor en “la asadura” puede ser un dolor abdominal pero también un dolor lumbar que relaciona el paciente con el intestino.

“Tengo un caliente en la garganta” significa la sensación de escozor y ardor quemante faríngeo aunque algunos enfermos lo atribuyen a hiperacididad gástrica. Para describir la pirosis o el ardor epigástrico el paciente suele decir “me arde la boca del estómago” y se toca el epigastrio. El término acedia, tan castizo, se oye muy poco para describir la agrura; pero el panameño le llama a este síntoma “agriera”, no agrura. Lo mismo sucede con otras ligeras deformaciones de vocablos, de origen dudoso. Así tenemos que un vértigo puede ser “almareo”, en vez de mareo, y una fiebre por hepatitis suele ser una “tiricia”, quizá en relación con el vocablo médico ictericia. Un dolor “en la pulpa” no suele ser en el pulpejo de los dedos sino en la musculatura lumbar, quizá relacionado con el vocablo pulpa del tipo de carne de res. Un “pasma” puede tener varios significados: lo hemos encontrado como una crisis post-partum o describiendo una severa intoxicación, o un síncope o una parálisis facial de desarrollo súbito.

El panameño tiene formas peculiares de describir ciertos datos médicos que a veces son pintorescas. Cuando el paciente informa que “pienso mucho” casi siempre quiere decir que está nervioso o perturbado y no debe el médico responder: ¡que bien, quizá descubra usted algo grande si piensa tanto! ¡si nos informa “tengo los nervios” nos quiere dar a entender que sufre perturbaciones nerviosas o ansiedad. Pero el vocablo ansiedad puede para muchos tener el significado de libido exaltada o sea de excitación sexual y no el significado médico tradicional. Hemos tenido el encuentro: “Doctor estoy con los nervios”! ¡Ah, sufre ansiedad...! ¡No

Doctor, yo tengo marido!". Si la tensión produce dolor nuchal nos dirá "me duele el cerebro" y se toca el occipital y con frecuencia nos insiste: "no me duele la nuca" "ni el pescuezo" "sino el cerebro". Claro que algunos, muy sofisticados, pero algo desorientados indican "no es el cerebro sino el cerebelo lo que me duele!". Un paciente quien sufría de tinitus nos describe esto como "un ruido en la cabeza" y otro nos lo indica como "tengo la cabeza hueca" o "tengo un chillido" en la cabeza.

Si siente malestar músculo-esquelético nos puede decir "estoy magullado". Una paciente nos describió la sensación de decaimiento y astenia como "estoy tongueada" o si no "tengo las piernas aguaditas". Si ha perdido mucho peso usa la expresión muy sugestiva de "he quedado en el hueso" y si recupera libras y se repone con el tratamiento nos puede decir "estoy empeluchada". Si hay prurito suele describirse como "piquiña", "picação", y hoy de moda describirla como "correcaminos", que es la escabiasis de los médicos o la vulgar sarna. Para el panameño "la sarna" es algo sucio, desagradable y todo lo crónico que pica.

"Tengo el paladar malo" suele significar cierto mal sabor en la boca o puede significar una dispepsia y el paciente lo atribuye a un trastorno digestivo casi siempre "del hígado". Ya anteriormente hemos escrito un trabajo sobre nuestro folklore de la enfermedad hepática. Si presenta náuseas, un vocablo de poco uso, nos dirá: "tengo revoltura", o "todo me provoca", o "me siento revuelta". Si presenta lesiones en la boca tenemos "la boca reventada", esto suele ser una estomatitis aftosa. Si las lesiones son labiales puede decirnos "me orinó una araña". Si se siente que se va a formar un absceso nos revelará "siento que me está recogiendo algo", frase que creemos muy expresiva; y si aparece el furúnculo nos dice "tengo un nacido". Ya raramente oímos el término "divieso". Si el dolor es coxigeo "tengo dolor en el hueso del ñango" o "en el ñanguito" y si no lo deja dormir por sentir temor puede indicarnos: "tengo culillo" o no puedo dormir porque tengo "desvelo". Si indagamos usando la palabra insomnio algún

paciente trata de diferenciar desvelo de insomnio. Halitosis es "una dentina en la boca" o "un tufo en la boca" y casi sin excepción lo relacionan "al hígado".

El trastorno que se atribuye al hígado puede considerar el paciente se deba a "piedras en el hígado". Es raro nos diga sufre piedras en la vesícula y esto lo perpetúa el médico. Lo mismo nos dice "tengo piedras en el riñón". Casi siempre sería piedras en la vesícula o en el uréter. El "dolor en las venas" o "me palpitan las venas" o "se me hinchan las venas" es síntoma muy frecuente que creo casi nunca se debe a una verdadera flebitis. Lo mismo sucede con la frase "tengo fiebre interna" para describir sensación febril con piel fría que sería lo que en forma castiza sería la lipidia. Es difícil para el facultativo explicar al paciente lo que es fiebre y el no significado de fiebre interna. También se ha perpetuado el término "bocio interno" para describir un bocio poco perceptible que no produce una tumefacción perceptible en el cuello. Creo que esto ha complicado la clasificación de estos padecimientos al hacer el médico uso de estos términos no científicos.

Una descripción muy *sui generis* es la de "me dieron tres fiebres" que suele significar tres elevaciones perceptibles de temperatura o tres escalofríos. Si la fiebre produce decaimiento nos puede decir "se me achican los ojos" que quiere decir ligeraptosis palpebral por el decaimiento. Pero si se sufre una lipotimia o un desmayo nos revelaría "se me viraron los ojos". Si tiene molestia estomacal, requerirá "comidas frescas" como la cebada, lo mismo que si sufre de molestia urinaria "la vejiga caída" o una "hernia en la vejiga" que lo hace orinar mucho deberá tomar cebada como "bebida fresca". Si es a largo plazo el trastorno nos puede definir el tiempo solamente como "tengo días de estar así" y es difícil localizar el número de días: pueden ser 10 o 60 días. Si tiene incontinencia urinaria nos dice "no sostengo los orines", que nos parece una frase muy descriptiva.

Con frecuencia un examen de laboratorio o de rayos x es llamado "un tratamiento" y la droga o el medicamento usado

será "la medicina". No nos es posible cambiar el término al medicamento. "No doctor, ¡lo que quiero es medicina no drogas!". Y quiero un "tónico" que significa un hematínico líquido, porque un "tónico" no puede ser sólido, pero continuemos con los términos prohibidos, difícil de enunciar por el enfermo. La disfunción sexual de tipo impotencia no suele llamarla así el paciente; nos suele decir "no funciona" o "no puedo estar con mi esposa" o "estoy débil" o vulgarmente "no se me para" o "no estoy fuerte". La mujer con frigidez o anorgasmia puede usar el término "frígida", pero más bien escuchamos "no siento nada" o "he perdido la ilusión" o "no quiero estar con mi marido". Si hay eyaculación precoz será: "termino rápido" o "me vengo fuera"; el término orgasmo es muy raramente usado. Si toma anticonceptivos la mujer nos dice "me cuido con pastillas", y si es con tratamiento intramuscular "me cuido con inyecciones" que significa que se cuida de quedar embarazada. Si el varón usa preservativo o coitus interruptus nos dirá "mi esposo se cuida" o "termina afuera", o "termina antes". Si ha sido sometida a operación esterilizante dirá "mi esposo se operó" mientras si ha sido ella dirá "yo estoy operada" o si no "yo tengo salpinx" o "yo estoy ligada". Es muy frecuente que señale "no yo no estoy ligada sino que operada o cortada" que significa que ha habido corte de las trompas, cuando realmente casi todos los cirujanos usan las mismas técnicas quirúrgicas y perpetúan el mito de distintos tipos de intervención para asegurar al paciente que no va a haber otro embarazo.

"Tengo una cortadura de pelo" no significa que regresa del barbero sino usualmente una lesión luética primaria, aunque puede ser en ocasiones algo más benigno como una moniliasis balánica. Y estoy "ida" significa con poca capacidad de concentración o ensimismada.

Un paciente nos dice nos dice "estoy anemia" en vez de estoy anémica. Con mayor frecuencia nos indica "tengo la sangre débil" o si no "estoy bajo de sangre".

Otros términos usuales para definir la menstruación son “estoy con la luna” o “estoy con la visita”; todos eufemismos para encubrir una realidad.

Una infección en los pies, con frecuencia una *Tinea pedis* es denominada una “mazamorra”. Si la infección es de la boca, una estomatitis monolíasica, se le llama “sapito”.

Si la parotiditis o paperas se complica con una orquitis nos dirá el paciente “se me bajaron las paperas” y esto connota una complicación seria para el sujeto pues de inmediato lo relaciona con esterilidad. No hemos oído el “se me bajaron las paperas” en el caso de pacientes mujeres, a pesar de que existe la complicación de ooforitis.

Creemos que el galeno panameño debe estar compenetrando de todo este léxico florido para comprender mejor el folklore de la enfermedad nuestra pero no alcanzar el otro extremo y hacer uso de términos indiscriminadamente. No sea que lleguemos al colmo del médico de un hospital quien al responder a la indagación de una paciente que había sido sometida a una broncoscopia y biopsia le explica el procedimiento como sigue: “Mire señora, le metimos esta vaina para sacar esta carajada”.



Para explicar un dolor el panameño usa términos populares que para él tienen significado muy preciso. Una dorsalgia se describe "como un viento". Cuando el dolor produce rigidez se dice que la persona está "embarada" que viene de la palabra bara o palo rígido usado en el campo. Coclesana de Penonomé, 1991. **Foto M. A. Guerra.**